

TEMAS FILOSÓFICOS

Enseres: esbozos para una teoría del disfraz

...

Camilo Retana


EDITORIAL
UCR

1

TEMAS FILOSÓFICOS

Enseres: esbozos para una teoría del disfraz

...

Camilo Retana


EDITORIAL
UCR
2020

1



128.6

R437e

Retana, Camilo, 1983-

Enseres: esbozos para una teoría del disfraz / Camilo Retana. –Primera edición– San José, Costa Rica: Editorial UCR, 2020.

ix, 139 páginas: ilustraciones (algunas a color) – (Temas filosóficos)

ISBN 978-9968-46-863-3

1. CUERPO HUMANO (FILOSOFÍA).
2. DISFRAZ – FILOSOFÍA. I. Título. II. Serie.

CIP/3521

CC.SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2020.

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *María Villalobos Ch.* • Revisión de pruebas: *Ariana Alpízar L.*
Diseño interno y portada: *Daniela Hernández C.* • Diagramación: *Karla Cruz M.*
Ilustraciones de contenido: *Andrea Bravo R.* • Control de calidad: *Gretzel Calderón A.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: agosto, 2020.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

CONTENIDO

En el comienzo fue el disfraz: esbozos introductorios	1
Cuerpo, artificio y rito	17
El carnaval, la fiesta y el sentido del pudor	35
Sexualidad, género y fetiche	53
Las fabulaciones subjetivas de la escenografía	75
Del disfraz heroico al heroísmo del disfraz	93
El cuerpo del delito	111
Los placeres de la mutación: esbozo final	131
Lecturas recomendadas	135
Acerca del autor	139

pues no importa hace cuánto ni por qué, fue con ellas con quienes primero descubrí el encanto y la gracia que podía subyacer a los disfraces.

En el comienzo fue el disfraz:
esbozos introductorios

Quiérase o no, todo el mundo ha debido lidiar con el disfraz alguna vez. De su turgente presencia en la vida cultural nadie se escapa, en la medida en que, no bien venimos al mundo, ya hay una gama de disfraces esperando por nosotros. Desde los inocentes aditamentos que engalanan los cuerpos para fechas especiales (noche de brujas, fiestas, carnavales, etc.) hasta los rituales sociales que codifican minuciosamente el empleo de atuendos especiales en la vida cotidiana, pasando, claro está, por el a veces fastuoso universo de las artes y lo escenográfico, el disfraz recorre buena parte del tejido social y se coloca en el centro de una serie de cuestiones relacionadas con el cuerpo, la subjetividad y el deseo.

Esta omnipresencia del fenómeno informa ya sobre su importancia cultural, así como sobre el alto grado de subestimación teórica que ha tenido lugar en torno suyo. Ciertamente, todavía hoy carecemos de un lenguaje y unos argumentos apropiados para calibrar el impacto de los disfraces en la vida cotidiana.

En las antípodas de los enfoques que encuentran en el disfraz un asunto de segundo orden, la teoría por esbozar acá ve en este un elemento antropológico (y quizá también zoológico) fundacional de la vida social. En tal sentido, estos esbozos parten de que

la ubicuidad geográfica y la pertinacia histórica del disfraz dependen de la milenaria obsesión humana con el acicalamiento y la estetización del cuerpo (fenómenos, por lo demás, antiquísimos, y cuya relevancia ha sido ya puesta de relieve por los sociólogos y los historiadores), aunque en un sentido más determinante, el fenómeno remite también al trascendental campo político-cultural del interrelacionamiento y el reconocimiento sociales. Así, el disfraz pone en marcha un complejo juego de espejos en el que cuerpo, presunción, imagen y simulación se encuentran y confunden.

A tendiendo a su incierta etimología, presuntamente ligada al verbo desfrazar, el disfraz remite al asunto del pudor y a la necesidad de disimularlo. Nos disfrazamos en busca de encubrir o anular una diferencia, en función de mantener nuestro prestigio o nuestro estatus, o acaso las ventajas que reporta el ser socialmente percibido de una cierta manera en detrimento de otra. Pero si bien todo disfraz ensaya un encubrimiento, el acto de disfrazarse supone asimismo una voluntad de mostrar. Dicho de otro modo, el disfraz *disimula*, pero también *simula*.

De acuerdo con esta perspectiva, así como el disfraz cubre y encubre, también revela un costado subjetivo desconocido, incluso a veces para los sujetos mismos. De ahí el punto de partida novedoso de estos esbozos para una teoría del disfraz: adentrarse en el disfraz significa no solo transitar los sinuosos caminos negativos del engaño, el fraude y la suplantación, sino también recorrer los trillos positivos de la invención, la fantasía y el sueño.

En consecuencia, y a tono con las actuales teorías sobre la subjetividad, es necesario dejar de pensar en el disfraz exclusivamente como un medio de embuste u ocultamiento, para pensarlo, también, como un elemento material al que todo mundo se ve compelido a apelar en ciertas ocasiones en medio de los esfuerzos cotidianos por performar determinadas identidades.

En otras palabras, si hoy la subjetividad remite a un conjunto incierto de acciones sostenidas en el tiempo, llevadas a cabo a partir de una serie de normas culturales –y no ya a una verdad interior que se expresa o refleja frente a otros–, el disfraz constituye un elemento que pone de relieve la inestabilidad propia de todo empeño identitario.

Considerando esa naturaleza fragmentada e inestable del disfraz, la teoría que aquí se esboza no pretende ser conclusiva (como no puede serlo ningún esbozo) sino incitativa: se trata menos de decir qué es el disfraz que de reparar en sus alcances. En lugar de la acostumbrada y fácil condena teórica del disfraz, acá se trataría, pues, de analizar, tras su faceta encubridora, a qué habilita este artilugio a los sujetos que recurren a él. Partimos, así, de que si con el disfraz suspendemos por un momento la ficción de coincidir cabalmente con nuestro propio ser, quizá sea, ante todo, por cuanto este artilugio nos permite adentrarnos en nuevos y aventurados relatos sobre nosotros mismos para redescubrir posibilidades anuladas.

El disfraz contiene, entonces, una veta positiva, aunque usualmente desatendida, en el tanto constituye un elemento posibilitador de subjetividad. Dicho de otro modo, sin el disfraz los sujetos estarían confinados a ser siempre los mismos. Los disfraces pueden interpretarse, en esta dirección, a la manera de enseres, es decir, como elementos que facultan al cuerpo para la ejecución de diferentes tareas u ocupaciones. No obstante, si se asume que toda ocupación, en el sentido más general de esta palabra, se encuentra a la larga relacionada con el acogimiento de una determinada identidad social, los disfraces, en tanto enseres, resultan asimismo elementos decisivos a la hora de participar *en-diversos-modos-del-ser*. Los disfraces deben considerarse enseres en el doble sentido de que constituyen elementos o utensilios materiales, y de que nos permiten habitar o estar en distintas formas del ser.

Es necesario, con base en lo anterior, considerar en su justa dimensión el vínculo entre el vestido y el disfraz. Aun cuando usualmente se piensa que los disfraces ocultan la identidad mientras que los vestidos la expresan, los presentes esbozos parten, en cambio, de que tanto estos como aquellos participan de la necesidad de mostrar frente a los otros no solo lo que se supone que se es, sino lo que se quisiera ser. La novedad propia de este enfoque radica en que, partiendo de él, tanto el vestido común como el disfraz forman parte de una búsqueda incesante de un yo imposible, o “en curso”, que clama por reconocimiento.

Desde esta perspectiva, si existe una diferencia entre el vestido y el disfraz, ello depende fundamentalmente de si nos empeñamos en encarnar la apariencia que se supone nos corresponde –en razón de lo cual nuestras prendas serán calificadas de vestidos comunes–, o de si nos entregamos a los deleites de la mutabilidad y la innovación al emplear atuendos que, en principio, pertenecen a otros –en virtud de lo cual seremos percibidos como sujetos disfrazados–. Lo propio del disfraz es, por ende, la cesura que abre con respecto a la identidad que, en principio, tendríamos que encarnar: su capacidad de introducir la diferencia en relación con nosotros mismos.

En esta línea, el disfraz depende para su funcionamiento de un impulso creador. Mientras que la moda, por un lado, se vincula a la uniformación normativa de los cuerpos –curiosamente admitida de forma hasta cierto punto gustosa por estos–, el disfraz involucra, por otro, una pulsión subjetiva y proactiva que redefine las capacidades corporales. Hablar del disfraz es, pues, hablar de posibilidades somáticas a veces atrofiadas, en el tanto disfrazarse constituye un ejercicio que cuestiona la presunta consistencia e inmutabilidad del cuerpo “propio”. Aún más, el disfraz forma parte de una serie de elementos –como la comida, las drogas, los edificios, las medicinas y los tatuajes, entre otros– que desmienten la presunta naturaleza presocial del cuerpo, al tiempo que afirman su innegable raigambre cultural.

Así, de forma congruente con las conclusiones de un amplio grupo de teóricos de las últimas décadas, el disfraz se presenta en este libro como una evidencia de que el cuerpo no preexiste al conjunto de relaciones que lo posibilitan, modulan, producen y conforman. De hecho, por intermedio del disfraz, el cuerpo se ve impactado en su gestualidad, su imagen y sus cualidades, tanto como en su grado de legitimidad social y sus posibilidades de acción.

Los disfraces regulan no solo la apariencia, sino también el “ser corporal” (si es que cabe una expresión como esta en un contexto construccionista como el de estos esbozos), en la medida en que, mediante este tipo particular de atuendo, el cuerpo se postula y nos postula en medio de nuestra afanosa búsqueda de nuevas rutas y opciones políticas y estéticas.

Lo recién esbozado implica que el disfraz posee un cariz eminentemente potenciador. En otras palabras, si el cuerpo se articula con el disfraz en una suerte de hibridación protésica capacitadora, cabe hablar de este último como un elemento sociológica y antropológicamente fundamental, en la medida en que habilita a los individuos y a los grupos a realizar aquello que no podrían sin él.

Dicho de otro modo, si el disfraz incorpora al organismo capacidades de actuación y movimiento, la fusión entre cuerpo y disfraz augura a los sujetos (individuales y colectivos) nuevos rangos y posibilidades. Desde las representaciones primitivas de los cazadores con atuendos que hiperbolizaban sus rasgos físicos y sus capacidades de actuación, hasta los modernos trajes que pululan en el universo de los superhéroes, el empleo de disfraces ha estado asociado con la consecución de aptitudes extraordinarias. En este sentido, el disfraz incluye un elemento atípico al cuerpo con el fin de proveerlo de cierto impulso productor.

Este impulso se encuentra relacionado de forma sugerente con la introducción del cuerpo dentro de una trama narrativa que redefine sus posibilidades. El disfraz suele asociarse, de hecho,

con una cierta suspensión –lúdica, erótica, festiva, etc.– de la temporalidad social. El disfraz pone entre paréntesis el haz de relaciones que habitualmente circunscriben al cuerpo, para abrir una cesura en la que actos, gestos y estilos se tornan de pronto posibles. En esta medida, los disfraces activan conexiones con tropos, personajes, roles, épocas y universos simbólicos más o menos utópicos o ficticios que, no obstante, aunque de forma breve y esporádica, cobran realidad. El disfraz produce, de este modo, un corte con la línea común y corriente de los acontecimientos y desdibuja la frontera que separa lo ordinario de lo extraordinario, lo aparente de lo real y lo efímero de lo permanente, revelando, así, una serie de posibilidades excluidas de la existencia social.

Cabe pensar, pues, que la seducción del disfraz depende precisamente de esta capacidad suya de poner en marcha las posibilidades humanas de mutación. Allí donde la moda depende de la compulsión por el apego a la norma, el disfraz no tiene reparos en referir el cuerpo al pasado o a lo que no ha tenido ni puede tener lugar. El disfraz activa en el cuerpo una pulsión utópica que roza con la imposibilidad y el sueño.

Pese a todo lo anterior, no es posible soslayar el hecho, mencionado antes, de que el disfraz remite al ocultamiento y al anonimato. Podría hablarse, en este respecto, de una faceta privativa, negativa o desubjetivante del disfraz, de la cual ya habrá oportunidad de dar ejemplos. En este nivel, los disfraces constituyen no ya exclusivamente ejercicios culturales de identificación con un modo de ser, sino también vías para suspender la identificación o etiquetación social de la que a menudo somos objeto.

Dentro de esta faceta del disfraz se trata no tanto de ser lo que se desea, sino de suspender de forma momentánea aquello que el sistema social compele a ser. En este sentido, cabe señalar que el disfraz opera a veces en el cuerpo fugaces mecanismos de indisciplina o desujeción. Esto es, el disfraz posibilita, materialmente hablando, que el cuerpo pueda asumir una estética y una morfología que no le habían sido asignadas por las maquinarias abocadas a la clasificación social de las personas.

Por supuesto, no faltará quién señale que se trata de experimentos inofensivos o expresiones irónicas no amenazantes para las estructuras de sometimiento y jerarquización corporales que priman en la vida social. Sin embargo, si nos atenemos

al hecho de que los controles políticos actuales dependen de la posibilidad de identificar los cuerpos para así poder dominarlos, lo que se juega en la utilización del disfraz es una suerte de desactivación política del control corpóreo, cuyo valor reside no tanto en su sostenimiento a lo largo del tiempo, sino en su capacidad fugaz de mostrar la fragilidad y falibilidad de algunos de esos mecanismos coercitivos.

El disfraz advierte, en breve, acerca de la dimensión temporal de la dominación, así como de la posibilidad de llevar a cabo, aquí y ahora, pequeñas microdesobediencias que, no obstante su volatilidad, quizá sean capaces de encender la chispa de otras insurrecciones acaso más abarcadoras.

Fantasmía, fabulación, indisciplina y deseo: a todo ello refiere el fascinante artilugio del disfraz. En consecuencia, estos esbozos apuntan a construir una aproximación en la que dicho artilugio ocupe el centro de toda esta serie compleja de relaciones entre la política, lo ritual, la estética y la corporalidad.

En las antípodas del menosprecio que las grandes teorías dedican a las deliciosas minucias del cuerpo, lo que aquí se reivindica, pues, no es otra cosa que asumir la importancia cultural de los disfraces y de los procedimientos que estos ponen en marcha. Se trata, en última instancia, de revisar algunos de los alcances de esos aparentemente fútiles dispositivos que son los disfraces, para mostrar cómo, en su revés, asoman curiosas y atrevidas posibilidades.



ser corporal

ACERCA DEL AUTOR

Camilo Retana (San José, 1983) estudió en la Universidad Nacional de La Plata, Argentina, y en la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, donde labora como profesor e investigador. Ha publicado varios libros, entre ellos *Pornografía: la tiranía de la mirada* (2008) y *Las artimañas de la moda* (2015). En el año 2013, su ensayo *Contra lo light* resultó finalista del Concurso de Filosofía sub-40 organizado por la Cooperación Española en Buenos Aires. En el 2017 obtuvo, con el libro *El cuerpo abierto* (2018), el Premio de Ensayo UNA-Palabra otorgado por la Universidad Nacional. Actualmente dirige el Programa de Posgrado en Artes de la Universidad de Costa Rica.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Los disfraces se encuentran en el centro de una serie de cuestiones relacionadas con el cuerpo, la subjetividad y el deseo. Desde Lady Gaga hasta Batman, pasando por las fiestas y los carnavales, e incluso por el EZLN, la lucha libre y las vitrinas de los *sex shops*, los disfraces aparecen como una alternativa para revestir el cuerpo de formas fantásticas, divertidas, asombrosas y horroríficas. Partiendo de esa ubicuidad cultural e histórica del disfraz, este libro pretende desentrañar algunos de los mecanismos por los cuales dicho artilugio goza de tal abolengo y encanto sociocultural. A contramano tanto del sentido común como de los enfoques que encuentran en los disfraces un asunto de segundo orden, la teoría que este libro esboza considera dicho tipo de dispositivos en su doble condición de enseres, es decir, como elementos que, por un lado, facultan al cuerpo para la ejecución de diferentes tareas, pero que, por otro, también permiten al mismo hacerse un lugar en determinadas esferas del ser social.

ISBN 978-9968-46-863-3



9 789968 468633

The logo for Editorial UCR, consisting of three horizontal black bars of varying lengths stacked vertically, with the text "EDITORIAL UCR" below them.

EDITORIAL
UCR